



RESEÑA | BOOK REVIEW | RESENHA

Student Writing Tutors in Their Own Words. Global Voices on Writing Centers and Beyond, by Max Orsini & Loren Kleinman (2022). Routledge.

DOI: <https://doi.org/10.37514/RLE-J.2024.1.1.09>

Recibido: 30-04-20213 | Aceptado: 14-06-2023

UN LIBRO DESEADO

Eva Margarita Godínez López | Centro de Estudios Superiores de Educación Especializada | godinezlopezmargarita@cesee.edu.mx*

Un día, vagando entre mis redes, me encontré el anuncio de un libro cuya portada, con atrayentes dibujos casi infantiles de un puñado de personajes de distintas edades, nacionalidades y complejiones, todos muy expresivos y diferentes, era una feliz representación de lo que se esperaba escuchar (leer) en su interior: un coro de estudiantes tutores de escritura contándonos cómo es la vida en un centro universitario de escritura y, sobre todo, cómo es *su vida* en él. El libro estaba en pre-venta, de modo que lo aparté y contuve las ganas hasta que, por fin, unas semanas más tarde, lo tuve en mis manos. Como una profesora interesada desde hace años en promover acciones de alfabetización académica en el medio de la formación de docentes, pensé de inmediato en darlo a conocer. Es por ello que el libro, tanto como la escritura misma de esta pieza que intenta reseñarlo, tuvieron tiempo de madurar en el deseo y la imaginación.

Student Writing Tutors in Their Own Words, editado por Routledge y producido en pospandemia por Max Orsini, director del programa de literatura y estudios de la escritura de Drew University, junto con Loren Kleinman, exdirectora del centro de escritura de la misma universidad, está compuesto por tres partes. Cada una de estas partes es presentada por los editores y atinadamente centrada en un tópico de la tutoría y la labor de los centros. El propósito de esta compilación es conjuntar en un solo espacio las experiencias y las voces de veinticuatro personas que, por muy diversos caminos y circunstancias, llegaron a ser tutores, supervisores, consultores o líderes en este tipo de programas en distintas universidades, no sólo en Norteamérica, sino en Europa, Sudamérica, Medio Oriente y Asia. Por esto, el libro nos ayuda a entender las relaciones humanas y el crecimiento personal de quienes participan en estos lugares, a menudo incomprensidos y siempre necesarios: los centros de escritura.

* Correspondencia a: Eva Margarita Godínez López, Avenida Tecnológico s/n, Fracc. Industrial Julián de Obregón, 37290, León, Guanajuato, México.

La composición de un libro-mosaico como este no podía ser convencional: se abre con un corrimiento de telón, como en el teatro, y es anunciado como se anuncia una pieza dramática en la que, sucesivamente, se nos van presentando personas de carne y hueso que narran sus vivencias antes y durante la contingencia mundial, pilladas en el entrenamiento, la toma de posesión de un cargo o la fortuita recomendación de un profesor para ser parte de un programa universitario dedicado a ayudar a otros a escribir. Tiene la bondad, además, de ofrecer al final de cada sección preguntas inspiradoras para la reflexión del lector o para la realización de un grupo focal que refleje, como en un cuarto de espejos, el ejercicio mismo de autoexpresión que motivó este volumen.

La primera parte, titulada *How we help* (cómo ayudamos), se compone de diez ensayos. En el primero, Lina F. Piehler relata la forma en que ayudó a sus tutorados a lidiar con el “síndrome del impostor” mientras se ocupaba de la doble tarea del hogar y la asesoría en línea. Luego, Daneiah Nasser testimonia cómo el ejercicio de tutoría aumentó su confianza y su pasión como educadora. Dylan Mahoney se pregunta ¿quién puede ser tutorado?, en una reflexión sobre las brechas generacional y tecnológica que se abrieron durante el forzado confinamiento. Como si le respondiera, Dominique Duque titula su ensayo “todos los estudiantes son bienvenidos” y comparte una lección aprendida: cada vez que conocemos a alguien nuevo, tenemos una oportunidad de crecer. Por su parte, Brooklyn Gross pone en palabras una preocupación común a muchos tutores: “¿y si contradigo las indicaciones del profesor que asignó el texto?, ¿y si lo empeoro?”, y comparte sus estrategias para sobreponerse a esa inseguridad. Luego, Alexander Patterson toca el tema sensible de la diferencia y de la tolerancia, el equilibrio entre la autoafirmación y el cuidado del otro. Enseguida, Kuan-Chun Chen describe como “la venganza más dulce” el difícil camino hasta convertirse en tutor; de manera parecida lo hace Elizabeth Myers en su conmovedor relato sobre la odisea de titularse, que la llevó a ejercer más adelante un estilo compasivo de tutoría. Jason Ti hace un retrato de su mentor y nos regala una de las imágenes más sugestivas de todo el libro: el momento en que un escritor en segunda lengua desentraña, como por magia o encantamiento, el orden lógico de las piezas del texto... en una epifanía semejante a la primera alfabetización. Cierra Britta J. Bletscher recordándonos que cada estudiante es una persona con talentos, metas y temores, por lo que la tutoría se fundamenta en la construcción de un espacio de confianza.

La segunda parte, *A Voice of One's Own* (una voz propia) comprende cinco ensayos. El primero relata la experiencia de Benny Rios en un centro penitenciario que, gloriosamente, aloja no sólo un seminario teológico con un programa de artes sino su propio centro de escritura; su inspirador intercambio de correspondencia con estudiantes extramuros nos recuerda la importancia de la palabra propia. Enseguida, Natashia Cooper pone el índice en otro tema delicado: el sesgo inconsciente que coloca barreras entre las personas por su color de piel, y cómo la asistencia asidua al centro de escritura de su universidad le ayudó a derribarlas. En su ensayo, Madison Palmieri nos representa a todos los que en el pasado confundimos el ser tutor con ser editor, y desvela el prejuicio de que el tutor no necesita ser tutorado; las lecciones de humildad que recibió resuenan fuerte y nos hacen mirar hacia nosotros mismos. Por la misma línea, discurre el escrito de Clare Wongwai, quien destaca el valor de la gratitud, la receptividad y la generosidad hacia los tutorados, a quienes de manera muy afortunada compara con jardines que florecerán después

y más allá de la vista. Holly Stefanik hace el último ensayo de esta sección, que inicia con un epígrafe muy elocuente sobre la esencia del servicio: “si quieres levantarte, levanta a otro”. La felicidad de ayudar, la alegría de servir, motivan el desarrollo personal de un tutor apasionado, dice Stefanik.

En la tercera y última parte, *How Writing Communities Are Made* (cómo se forman las comunidades de escritura), se acomodan nueve ensayos que testimonian la diversidad de opciones de organización y las dinámicas que se han generado en los centros, programas, laboratorios o estudios de escritura a lo largo del mundo. Timóteo Pereira Neves da crédito a su carrera como tutor par como catalizadora de su autoconfianza, siendo un estudiante extranjero en el Líbano; sus habilidades en la tutoría le ayudaron, cuenta, a ser respetado y reconocido en su comunidad. Como muchas personas, Tamara Sleiman pensaba que no se podía enseñar “a escribir bien”: era algo que simplemente se tenía o no, y que no se podía mejorar; en cuanto a los centros de escritura, eran sitios a donde se hace una rápida parada para enmendar un texto. Su relato da cuenta de cómo se transformó su percepción gracias al ejercicio de la tutoría. En el siguiente ensayo, Oluwatosin Marian Junaid resalta las lecciones de la pandemia de COVID-19, que van más allá de la escritura: entablar buenas relaciones humanas y construir redes de apoyo, así como pedir ayuda cuando se necesita, para mejorar la salud emocional y mental en un mundo incierto. Cassidy Rempel describe la delicada relación de confianza y *rapport* entre el tutor y el tutorado; el lazo que se tiende de una computadora a otra, el equilibrio que depende del uso del tiempo, de la voz, el gesto y la visión. Idée Edalatishams y Ananda A. Muhammad se posicionan de manera diferente frente a las ventajas y los retos que les presentó el confinamiento y el trabajo a distancia, aunque coinciden en que la relación con los tutorados y los otros consejeros les ayudó a crear una sensación de pertenencia y comunidad. En ello concuerda Bjorn Tofteland Holtey, quien repasa las anécdotas (hoy entrañables) que involucran mascotas, vecinos, fondos de videollamada, pijamas y vehículos en movimiento como la tramoya de nuestro drama común durante el trabajo en casa. Jessica Hoffman refiere, en su texto, al espacio de vulnerabilidad que se abre al mostrar la escritura propia al otro, las dudas y el posterior sentimiento de logro y pertenencia. Anne Liu Kellor se refiere también a ese espacio como “sagrado” e “íntimo”; y Zachari Smith cierra la sección con una sentida carta de amor a su centro de escritura, a su “hogar”.

Así como la lectura en voz alta es una estrategia primordial de la tutoría, pienso que la lectura atenta, a la vez reflexiva y gozosa, en grupos y entre pares, de este libro puede aportarnos elementos para volver a pensar por qué nos dedicamos a esto quienes colaboramos en algún centro o programa de escritura. Nos permite preguntarnos si ha valido la pena y cómo podemos renovar o consolidar nuestras prácticas, además de hacernos sentir acompañados por tantas otras personas alrededor del mundo.

Este es, pues, finalmente, un libro que invita a contar la propia experiencia, y por ello era tan esperado. Su forma coral reverbera, incitando a quien lo lee a reconstruir sus ideas alrededor de la escritura, su vivencia al respecto y, de hecho, a compartirla e invitar a otros a hacer lo mismo. Se parece a una noche estrellada con cuentos alrededor de la fogata, aunque la fogata son las luces de las pantallas, las estrellas son los rostros en las galerías de Zoom y los

cuentos giran alrededor de estas palabras: vulnerabilidad, comunidad, identidad, confianza, escucha, sorpresa, voz...
alegría.